

Alan Glynn
Sin límites

Traducción de Efrén del Valle





es un sello editorial de Grupo Norma, S. A.

mosaico

© 2001, Alan Glynn

Título original: *The Dark Fields*

Editor original: Bloomsbury

© 2011, de la presente edición en castellano para América Latina
Grupo Norma, S. A. para



mosaico

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

© 2011 por la traducción, Efrén del Valle

Primera edición: febrero de 2011

Diseño de colección: Compañía

Imagen de cubierta: Emin Kulyev/Shutterstock

Maquetación: VÍCTOR IGUAL, S. L.

ISBN: 978-958-45-3193-3

Impreso por

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

I

Se está haciendo tarde.

He perdido la noción del tiempo, pero deben de ser más de las once. Tal vez se esté acercando ya la medianoche. No obstante, soy reacio a consultar el reloj, pues eso no hará sino recordarme el poco tiempo que me queda.

En cualquier caso, se está haciendo tarde.

Y todo está en silencio. Aparte de la máquina para hacer hielo que zumba frente a mi puerta y alguno que otro coche que recorre la autopista, no oigo absolutamente nada: ni tráfico, ni sirenas, ni música, ni lugareños charlando, ni animales intercambiando extrañas llamadas nocturnas, si es eso lo que hacen los animales. Nada. Ni un solo ruido. Es horripilante, y no me gusta. Quizá no debería haber venido hasta aquí. Tal vez debería haberme quedado en la ciudad y dejar que el parpadeo de la luz cortocircuitara mi ahora sobrenatural capacidad de atención, que el ajetreo y el ruido incesantes me agotaran y quemaran toda esta energía que bombea en mi organismo. Pero si no hubiese venido a Vermont, a este hotel de carretera —el Northview Motor Lodge—, ¿dónde me habría hospedado? Difícilmente podría haber impuesto mis aflicciones a mis amigos, así que imagino que no tenía más opción que esta: montarme en un coche y abandonar la ciudad, conducir cientos de kilómetros hasta esta plácida y desierta región del país.

Y hasta esta plácida y desierta habitación de hotel, donde sus tres motivos decorativos, distintos pero igualmente abigarrados —alfombra, papel de pared y sábanas—, pugnan por captar mi atención, por no hablar de las omnipresentes obras de arte de centro comercial, la imagen de una montaña nevada sobre la cama y la reproducción de *Los girasoles* junto a la puerta.

Estoy sentado en una butaca de mimbre en un hotel de carretera de Vermont; todo me es desconocido. Tengo un ordenador portátil apoyado sobre las rodillas y, a mi lado, en el suelo, una botella de Jack Daniel's. Miro hacia el televisor, atornillado a un rincón de la pared, y está encendido, sintonizada la CNN, pero con el sonido apagado. En pantalla hay un equipo de comentaristas —asesores de seguridad nacional, corresponsales de Washington y expertos en política exterior— y, aunque no puedo oírlos, sé de qué hablan... Hablan de la situación, de la crisis. Hablan de México.

A la postre cedo y miro el reloj.

No me puedo creer que ya hayan transcurrido casi doce horas. En un rato, por supuesto, serán quince, y luego veinte, y después un día entero. Lo que ha sucedido en Manhattan esta mañana se está desvaneciendo, se desliza por esas innumerables calles mayores de pueblo, por esos kilómetros de autopista, y se precipita hacia el pasado a un ritmo que se antoja artificialmente rápido. Pero también empieza a desmoronarse bajo la inmensa presión, a quebrarse y fragmentarse en distintos pedazos de memoria a la vez que permanece en un tiempo presente suspendido, ineludible, afianzado e irrompible, más real y más vivo que cualquiera de las cosas que veo a mi alrededor en esta habitación de hotel.

Consulto de nuevo mi reloj.

Al pensar en lo sucedido me palpita el corazón, y lo hace de manera audible, como si fuese presa del pánico ahí dentro y estuviera a punto de salirse del pecho a golpes, frenético. Pero al menos no me martillea la cabe-

za. Eso llegará, lo sé, tarde o temprano, y el intenso pinchazo de detrás de los ojos trocará en una espantosa agonía por todo el cráneo. Pero todavía no ha comenzado.

No obstante, el tiempo se acaba.

Así pues, ¿por dónde empiezo?

Supongo que he traído el portátil con la intención de guardarlo todo en un disco, de escribir un relato sincero de lo ocurrido y, sin embargo, aquí estoy, dudando, dándole vueltas al material, titubeando como si dispusiese de dos meses y tuviera una suerte de reputación que proteger. El hecho es que no dispongo de dos meses —probablemente sólo disponga de un par de horas— y carezco de reputación, pero aun así creo que debería decantarme por un prólogo osado, algo grandilocuente y declamatorio, la clase de texto que quizá emplearía un omnisciente y barbudo narrador del siglo XIX para arrancar su último mamotreto de novecientas páginas.

La pincelada general.

Pero lo cierto es que no hubo nada genérico en ello, nada grandilocuente ni declamatorio en el modo en que comenzó todo esto, nada particularmente prometedor cuando, hace unos meses, me tropecé una tarde con Vernon Gant en plena calle.

II

Vernon Gant.

De todas las relaciones y configuraciones cambiantes que pueden darse en el seno de una familia moderna, de todos los parientes posibles que te pueden endilgar —personas a las que estarás vinculado de por vida en documentos, fotografías y oscuros recovecos de la memoria— con una absoluta vaguedad, absurdidad incluso, una figura se alza imponente sobre todas las demás, una sola figura: el ex cuñado.

Apenas fabulada en historias y canciones, no es una relación que precise renovarse. Es más, si tú y tu ex esposa no tienen hijos, no existe motivo alguno por el cual tengas que volver a ver a esa persona en la vida, jamás. A menos, por supuesto, que te topes con ella en la calle y no puedas evitar el contacto visual, o no seas lo bastante rápido para hacerlo.

Era un martes de febrero, hacia las cuatro de la tarde, un día soleado y relativamente cálido. Yo transitaba la Calle 12 con paso firme, fumando un cigarrillo, y me dirigía a la Quinta Avenida. Estaba de mal humor y abrigaba oscuras ideas sobre una amplia variedad de temas; el pensamiento dominante era mi libro para Kerr & Dexter —*En marcha: de Haight-Asbury a Silicon Valley*—, si bien no había nada inusual en ello, pues subyacía de manera incesante en todo cuanto hacía, en cada comida, en cada ducha, en cada partido que veía por televisión,

y en cada escapada a la tienda de la esquina para comprar leche, papel higiénico, chocolate o tabaco a altas horas de la noche. Si la memoria no me traiciona, mi temor de aquella tarde era que el libro fuese inconexo. En este tipo de cosas debes obrar un delicado equilibrio entre contar la historia y... *contar la historia* —ya me entienden—, y me preocupaba que tal vez no hubiese historia, que la premisa básica del libro fuese un pedazo de mierda. Además de eso, pensaba en mi apartamento de la Avenida A con la Calle 10 y en que necesitaba mudarme a un lugar más espacioso, pero también en que esa idea me aterrorizaba: retirar los libros de las estanterías, ordenar mi escritorio y luego empaquetarlo todo en cajas idénticas. Olvídalo. También pensaba en mi ex novia, Maria, y en Romy, su hija de diez años, y en que yo no encajaba en aquella situación. Nunca hablaba lo suficiente con la madre y era incapaz de dominar mi lenguaje cuando me dirigía a la niña. Por mi cabeza rondaban otros pensamientos oscuros: fumaba demasiado y me dolía el pecho. De vez en cuando aparecían una serie de síntomas, cosas físicas, inquietantes: dolores extraños, posibles bultos, sarpullidos, síntomas de una enfermedad quizá, o de un entramado de enfermedades. ¿Qué ocurriría si un día se agarraban de las manos, se activaban y caía desplomado, inerte?

Pensaba en cómo odiaba mi aspecto; necesitaba un corte de pelo.

Arrojé la ceniza del cigarrillo a la acera y alcé la vista. La confluencia de la Calle 12 con la Quinta Avenida se hallaba unos veinte metros más adelante. De súbito, un tipo dobló la esquina a toda prisa, caminando a la misma velocidad que yo. Un plano cenital nos habría mostrado como dos moléculas en una trayectoria de colisión directa. Lo reconocí a diez metros, y él a mí también. Cuando faltaban cinco metros ambos echamos el freno y empezamos con los ademanes, las caras de sorpresa y las reacciones tardías.

—¡Eddie Spinola!
—¡Vernon Gant!
—¿Qué tal estás?
—Dios mío, cuánto tiempo.

Nos estrechamos la mano y nos dimos unas palmaditas en el hombro.

Entonces Vernon retrocedió un poco y empezó a es-
crutarme.

—Madre mía, Eddie, recorta el alpiste, ¿no?

Era una referencia al considerable peso que había ga-
nado desde la última vez que nos vimos, hacía nueve o
diez años.

Vernon era alto y estaba tan delgado como de costum-
bre. Observé su calvicie incipiente sin decir nada. Enton-
ces señalé su cabeza.

—Bueno, yo al menos tengo elección.

Entonces se puso a bailar al más puro estilo de Jake La
Motta y me lanzó un fingido gancho de izquierda.

—Sigues hecho un listillo, ¿eh? ¿Qué es de tu vida,
Eddie?

Vernon lucía un holgado traje de lino de los caros y
zapatos de piel oscura. Llevaba puestas unas gafas de sol
con montura dorada y estaba bronceado. Olía a dinero
por los cuatro costados.

¿Que a qué me dedicaba?

De repente no me apetecía mantener aquella conver-
sación.

—Trabajo para Kerr & Dexter. Ya sabes, la editorial.

Vernon se sorbió la nariz y asintió con la cabeza a la
espera de más información.

—Llevo cuatro años trabajando para ellos como redac-
tor. Libros de texto y manuales, ese tipo de cosas, pero
ahora están preparando una serie de libros ilustrados
sobre el siglo xx con la esperanza de aprovechar los pri-
meros coletazos de un *boom* nostálgico, y me han encar-
gado uno sobre la relación entre el diseño de los años
sesenta y noventa...

—Interesante.

—Haight-Ashbury y Silicon Valley...

—Muy interesante.

—Ácido lisérgico y ordenadores personales —recalqué.

—Mola.

—Lo cierto es que no. Pagan bastante mal, y como los libros serán tan breves, cien o ciento veinte páginas, no tendré mucho margen, lo cual lo convierte en un desafío aún mayor porque...

Hice una pausa.

Vernon frunció el ceño.

—¿Sí...?

—... porque... —El justificarme de aquella manera estaba generando inesperadas oleadas de vergüenza y desprecio hacia mí y hacia mi interlocutor. Cambié el pie de apoyo— ... porque, bueno, básicamente escribes las leyendas de las ilustraciones, así que si quieres incluir tu propio punto de vista tienes que dominar mucho el material.

—Eso es fantástico, viejo —dijo sonriendo—. Es lo que siempre has querido hacer, ¿no?

Pensé en sus palabras. Supongo que, en cierto modo, era verdad. Pero no en un sentido que él pudiera entender jamás.

«Dios mío —pensé—, Vernon Gant.»

—Debe de ser una pasada —dijo.

Vernon era traficante de cocaína cuando lo conocí a finales de los años ochenta, pero por aquel entonces su imagen era bien distinta, con mucho pelo y chaquetas de cuero. Le interesaban el taoísmo y los muebles. Ahora empezaba a recordarlo todo.

—La verdad es que me está costando —repuse, aunque no sé por qué me molestaba en seguir con el tema.

—¿Sí? —preguntó Vernon reculando un poco. Se recolocó las gafas como si le hubiera sorprendido lo que acababa de decir, pero se disponía a ofrecer sus consejos en cuanto dedujera dónde radicaba el problema.

—Hay tantas tendencias y contradicciones que es difícil saber por dónde empezar. —Fijé la mirada en un coche aparcado al otro lado de la calle, un Mercedes azul metalizado—. Tienes los años sesenta, con el pensamiento antitecnológico y la vuelta a la naturaleza, el *Whole Earth Catalogue* y toda esa mierda... Móviles de viento, arroz integral y pachuli. Pero luego está la pirotecnia del *rock*, el sonido y la luz, la palabra «eléctrico» y el hecho mismo de que el LSD saliera de un laboratorio... —continué mirando el coche—, y también el que (escucha esto) la Arpanet, el prototipo de Internet, se desarrolló en 1969 en la UCLA. *Mil novecientos sesenta y nueve*.

El único motivo por el que mencionaba aquello, imagino, era porque lo tenía metido en la cabeza todo el día. Tan sólo estaba pensando en voz alta, meditando qué punto de vista había adoptado.

Vernon chasqueó la lengua y consultó su reloj.

—¿Qué haces ahora, Eddie?

—Pasear por la calle. Nada. Fumar un cigarrillo. No sé. No puedo trabajar. —Di una calada al cigarrillo—. ¿Por?

—Creo que puedo ayudarte.

Vernon miró de nuevo su reloj y pareció realizar un cálculo mental.

Lo observé con incredulidad; empezaba a sentirme un poco molesto.

—Ven, te explicaré a qué me refiero. Vamos a tomar algo —propuso dando una palmada—. *Vamos*.*

Irme con Vernon Gant no me parecía una gran idea. Quitando eso, ¿cómo podía ayudarme con un problema que acababa de exponerle a grandes rasgos? Era absurdo, pero vacilé.

Me gustó cómo sonaba la segunda parte de su propuesta, lo de tomar una copa. Debo reconocer que mis dudas también incluían cierto elemento pavloviano; la idea de encontrarme con Vernon e irnos de manera es-

* En español en el original. (*N. del e.*)

pontánea a otro lugar agitó algo en mi química corporal. Oírle decir «vamos» fue como un código de acceso a toda una fase de mi vida que había permanecido cerrada durante casi diez años.

Me froté la nariz y dije:

—De acuerdo.

—Bien. —Vernon hizo una pausa y entonces añadió, como si estuviese calibrándolo mentalmente—: Eddie Spinola.

Fuimos a un bar de la Sexta Avenida, una coctelería cursi de estética retro que otrora había sido un restaurante Tex-Mex llamado El Charro y antes una tasca de nombre Conroy's. Nos llevó un rato aclimatarnos a la iluminación y la decoración interior y, curiosamente, encontrar una mesa con bancos que satisficiera a Vernon. El lugar estaba prácticamente vacío —no se llenaría al menos hasta las cinco—, pero Vernon se comportaba como si fuesen altas horas de un sábado y estuviésemos reclamando los últimos asientos libres del último bar abierto de la ciudad. Fue entonces, al verle estudiar la visibilidad de cada mesa y la proximidad con los lavabos y las salidas, cuando me di cuenta de que estaba tramando algo. Lo vi tenso, nervioso, y eso no era habitual en él, al menos en el Vernon a quien yo conocía. Su gran virtud como traficante de coca era que guardaba una relativa compostura en todo momento. Otros camellos solían comportarse como anuncios de su mercancía, deambulando sin parar y hablando por los codos. Vernon, en cambio, siempre había destilado calma, mentalidad de empresario y sobriedad, aunque a veces era demasiado pasivo, como un empedernido fumador de marihuana que bogaba a la deriva en un mar de cocainómanos desalmados. De hecho, si no lo hubiera conocido, habría pensado que Vernon —o al menos aquella persona que tenía ante mí— había catado sus primeras rayas de coca aquella misma tarde y no lo llevaba muy bien.

Al final nos sentamos y se acercó una camarera. Vernon tamborileó con los dedos sobre la mesa y dijo:

—Veamos... Yo tomaré un... vodka Collins.

—¿Y usted, señor?

—Un whisky sour, por favor.

Cuando se alejó la camarera, Vernon sacó un paquete de cigarrillos mentolados *ultralight* y bajos en alquitrán y una cajita de cerillas a medio terminar. Mientras se encendía un cigarrillo, dije:

—¿Cómo está Melissa?

Melissa era la hermana de Vernon; había estado casado con ella menos de cinco meses en 1988.

—Melissa está bien —repuso, y dio una calada al cigarrillo. Para hacerlo, tuvo que recurrir a toda la potencia muscular de sus pulmones, hombros y parte superior de la espalda—. Aunque no la veo muy a menudo. Ahora vive al norte del estado, en Mahopac, y tiene un par de hijos.

—¿Cómo es su marido?

—¿Su marido? ¿Estás celoso o qué? —Vernon se echó a reír y miró en derredor como si quisiera compartir el chiste con alguien. Yo no dije nada. Las carcajadas acabaron por remitir y Vernon golpeó ligeramente el cigarrillo al borde del cenicero—. El tipo es un idiota. La abandonó hará cosa de dos años y la dejó tirada.

Lamenté de veras oír aquello, pero a la vez me costaba un poco formarme una imagen plausible de Melissa viviendo en Mahopac con dos niños. Por eso no pude establecer una conexión personal con la noticia, al menos de momento, pero lo que sí pude imaginar —vivamente, como un intruso— era a Melissa, alta y esbelta, enfundada en un vestido de seda color crema el día de nuestra boda, sorbiendo un Martini en el piso que tenía Vernon en el Upper West Side, con las pupilas dilatadas... y sonriéndome desde el otro lado de la habitación. Pude imaginar su piel perfecta, su melena negra, lisa y brillante, que le llegaba a media espalda. Pude imaginar su boca amplia y elegante monopolizando la conversación.

La camarera se acercó con nuestras bebidas.

Melissa era la más inteligente de los que le rodeaban, más lista que yo, y desde luego más lista que su hermano mayor. Había trabajado de coordinadora de producción en una pequeña guía de televisión por cable, pero siempre pensé que llegaría lejos, que dirigiría un periódico, que dirigiría películas o que sería candidata al Senado.

Una vez que la camarera se hubo marchado, alcé mi copa y dije:

—Lamento oír eso.

—Sí, es una pena.

Pero Vernon lo enunció como si se refiriera a un terremoto sin importancia en una república asiática de nombre impronunciable, como si lo hubiese oído en las noticias e intentara entablar conversación.

—¿Trabaja? —insistí.

—Sí, creo que hace algo. No estoy seguro de qué. La verdad es que no hablo mucho con ella.

Su respuesta me confundió. De camino al bar, y mientras Vernon buscaba la mesa adecuada, pedíamos la bebida y esperábamos a que llegara, me vinieron instantáneas mías y de Melissa y del corto periodo que pasamos juntos, como la del día de nuestra boda en el piso de Vernon. Era psicotrónico... Eddie y Melissa, por ejemplo, entre dos columnas frente al ayuntamiento... Melissa metiéndose rayas mientras se mira al espejo arrodillada, contemplando su hermoso rostro entre las desmenuzadas líneas blancas... Eddie en el cuarto de baño, en varios cuartos de baño, y en varias fases de indisposición... Melissa y Eddie discutiendo por dinero y por quién es más cerdo con un billete de veinte dólares enrollado. La nuestra no fue tanto una boda de drogatas como un matrimonio de drogatas —lo que Melissa, en una ocasión, tachó despectivamente de «asunto de coca»—, así que, con independencia de los sentimientos reales que yo pudiera albergar hacia Melissa o ella hacia mí, no fue

una sorpresa que sólo duráramos cinco meses, y puede que incluso sea raro que duráramos tanto, no lo sé.

Pero bueno, la cuestión era qué les había ocurrido. ¿Qué había pasado con Vernon y Melissa? Siempre habían estado muy unidos y siempre habían constituido una pieza importante en la vida del otro. Se habían buscado en la gran ciudad y habían sido el tribunal de última instancia en sus romances, sus trabajos, sus pisos y su decoración. Era una de esas ligazones entre hermano y hermana en la que, de no haberle caído bien a Vernon, Melissa tal vez no habría vacilado en botarme, aunque, personalmente, si hubiese tenido voz en el asunto, yo habría largado al hermano mayor. Pero en fin. No tuve la oportunidad de hacerlo.

De todos modos, habían pasado diez años. Aquello era el presente. Obviamente, las cosas habían cambiado.

Observé a Vernon mientras daba otra calada de dimensiones olímpicas a su cigarrillo de mentol *ultralight*, bajo en nicotina. Intenté pensar alguna agudeza sobre el tabaco, pero ya no podía quitarme a Melissa de la cabeza. Quería hacerle preguntas sobre ella, quería una puesta al día detallada sobre su situación y, sin embargo, ¿qué derecho tenía yo —si es que tenía alguno— a demandar esa información? No sabía si las circunstancias de la vida de Melissa eran asunto mío.

—¿Por qué fumas eso? —dije al final, mientras sacaba un paquete de Camel sin filtro—. ¿No es mucho esfuerzo para tan poca recompensa?

—Desde luego, pero es casi el único ejercicio aeróbico que practico últimamente. Si fumara eso —dijo, señalando mi Camel con la cabeza—, ahora mismo estaría conectado a una máquina de respiración asistida. Pero ¿qué quieres? No voy a dejarlo.

Decidí que intentaría volver a hablar de Melissa más tarde.

—¿Y en qué andas tú, Vernon?

—He estado ocupado.

Eso sólo podía significar una cosa: seguía traficando. Una persona normal habría contestado: «Ahora trabajo para Microsoft» o «Preparo comida rápida en Moe's Diner». Pero no, Vernon estaba ocupado. Entonces caí en la cuenta de que la ayuda de Vernon probablemente consistía en un descuento.

Mierda, debería habérmelo imaginado.

Pero ¿realmente no lo sabía? ¿Acaso no era la nostalgia la que me había llevado hasta allí?

Estaba a punto de soltar una ocurrencia sobre su manifiesta aversión hacia los empleos respetables cuando Vernon puntualizó:

—En realidad, he estado trabajando de asesor.

—¿Qué?

—Para una empresa farmacéutica.

Fruncí el ceño y repetí sus palabras con aire inquisitivo.

—Sí, a finales de año saldrá al mercado una selecta gama de productos y estamos intentando generar una base de clientes.

—¿De qué va esto? ¿Es una nueva jerga callejera, Vernon? Llevo fuera de escena mucho tiempo, lo sé, pero...

—No, no, es cierto. De hecho —Vernon miró a su alrededor unos instantes y entonces prosiguió bajando levemente el tono—, de eso quería hablarte. Ese... problema creativo que tienes.

—Yo...

—La gente para la que trabajo ha ideado una nueva sustancia increíble. —Vernon se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó su billetera—. Viene en forma de píldora.

Extrajo de la cartera una bolsita de plástico con cierre hermético en la parte superior. La abrió y vertió algo en la palma de su mano izquierda, que acercó para mostrarme la diminuta pastilla blanca.

—Mira —dijo—. Cógela.

—¿Qué es?

—Tú cógela.

Abrí la mano derecha y se la tendí. Él volteó la mano izquierda y dejó caer la pequeña pastilla blanca.

—¿Qué es? —insistí.

—Todavía no tiene nombre. Existe una etiqueta de identificación de laboratorio, pero son sólo letras y un código. Todavía no se les ha ocurrido ningún nombre apropiado, pero han realizado todos los ensayos clínicos y está aprobado por la FDA.

Vernon me miró como si hubiese respondido a mi pregunta.

—Muy bien —repuse—, todavía no tiene nombre, han realizado todos los ensayos clínicos y ha sido aprobado por la FDA, pero ¿qué diablos es?

Vernon bebió de su copa y dio otra calada antes de hablar.

—¿Sabes cómo te joden las drogas? Lo pasas bien cuando las tomas, pero luego estás hecho una mierda y al final toda tu vida se desmorona, ¿verdad? Tarde o temprano sucede. ¿Tengo razón?

Asentí.

—Pues con esto no. —Vernon señaló la pastilla que tenía en la mano—. Esta criaturita es la antítesis de todo eso.

Dejé caer la pastilla sobre la mesa y di un trago a mi copa.

—Vamos, Vernon, por favor, no soy un jovencito de instituto intentando pillar su primera bolsa de diez pavos. Ni siquiera...

—Créeme, Eddie, nunca has visto nada igual. Hablo en serio. Tómallo y compruébalo por ti mismo.

Llevaba años sin consumir drogas, justo por los motivos que había expuesto Vernon en su discursito comercial. Sentía deseos a todas horas, anhelaba ese sabor al fondo de la garganta, las felices horas de ardoroso parloteo, los ocasionales atisbos de una forma y una estructura divinas en la conversación del momento, pero nada de eso suponía ya un problema. Era una apetencia que po-

días sentir por una etapa anterior de tu vida o por un amor perdido, y te invadía incluso una leve sensación narcótica al abrigar esos pensamientos, pero si se trataba de probar algo nuevo, de meterme otra vez en todo aquello... Miré de nuevo la pildorita blanca que descansaba en el centro de la mesa y dije:

—Soy demasiado viejo para estas cosas, Vernon.

—No tiene efectos secundarios físicos, si eso es lo que te preocupa. Han identificado unos receptores cerebrales que pueden activar circuitos específicos y...

—Mira... —Empezaba a exasperarme—. De verdad, no...

Justo en ese momento empezó a sonar un teléfono móvil. Puesto que yo no tenía, supuse que era el de Vernon. Se metió la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta y lo sacó. Mientras abría la tapa y buscaba el botón correcto, sentenció:

—Permíteme decirte, Eddie, que esa cosa resolverá cualquier problema que tengas con ese libro.

Lo miré con incredulidad.

—Gant.

Había cambiado de verdad, y de una forma bastante curiosa. Era la misma persona, pero parecía haber desarrollado, o cultivado, una personalidad distinta.

—¿Cuándo?

Vernon cogió su copa y la agitó un poco.

—Ya lo sé, pero ¿cuándo?

Miró de reojo hacia la izquierda, e inmediatamente después consultó la hora.

—Dile que no podemos hacer eso. Sabe que es imposible. De ningún modo.

Vernon hizo un ademán despectivo con la mano.

Di un trago a mi bebida y me encendí un Camel. Allí estaba yo, desperdiciando la tarde con mi ex cuñado. Desde luego, cuando salí de casa una hora antes para dar un paseo no tenía ni idea de que acabaría en un bar. Y menos con mi ex cuñado, el puto Vernon Gant.

Meneé la cabeza y bebí otra vez.

—No, será mejor que se lo digas. Ahora. —Vernon se dispuso a levantarse—. Mira, estaré ahí en diez o quince minutos. —Poniéndose la chaqueta con la mano que tenía libre, agregó—: De ninguna manera, en serio. Espera. Ahora voy.

Vernon colgó el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Mierda de gente —espetó, mirándome y negando con la cabeza como si yo entendiera algo.

—¿Problemas? —dije.

—Sí, ya lo creo. —Sacó su cartera—. Y me temo que voy a tener que dejarte, Eddie. Lo siento.

Vernon sacó su tarjeta de visita del billetero y la dejó cuidadosamente sobre la mesa, justo al lado de la píldora blanca.

—Por cierto —añadió, señalando la pastilla con la cabeza—, invita la casa.

—No la quiero, Vernon.

Me guiñó un ojo.

—No seas desagradecido. ¿Sabes cuánto cuestan? —Vernon se apartó de la mesa y se tomó un segundo para recolocarse el traje, que le venía holgado. Entonces me miró fijamente—. Quinientos pavos cada una.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Fijé la vista en la pastilla.

—¿Quinientos dólares por eso?

—Las copas corren de mi cuenta —dijo, y se dirigió hacia la barra. Lo observé mientras pagaba a la camarera. Entonces señaló nuestra mesa. Eso tal vez significaba que llegaría otra bebida, gentileza del grandulón del traje caro.

Cuando salía del bar, Vernon me lanzó una mirada de soslayo que quería decir: «Tómalo con calma, amigo mío», hizo una pausa y luego agregó:

—Y no olvides llamarme.

Sí, sí.

* * *

Me quedé sentado un rato, ponderando el hecho de que no sólo había dejado las drogas, sino que tampoco bebía por la tarde. Pero allí estaba, haciendo justamente eso. En ese preciso instante llegó la camarera con el segundo whisky sour.

Terminé el primero y empecé con el nuevo. Me encendí otro cigarrillo.

Supongo que el problema era el siguiente: si iba a beber por la tarde, habría preferido una docena de bares antes que aquél, y sentado junto a la barra, empinando el codo con algún tipo encaramado a un taburete igual que yo. Vernon y yo habíamos elegido aquel lugar por comodidad, pero para mí no había en él ningún otro rasgo redentor. Además, había empezado a entrar un montón de gente, probablemente de las oficinas colindantes, y empezaban a armar jaleo. Un grupo de cinco personas se sentó a la mesa de al lado y oí a alguien pedir unos Long Island Ice Tea. No me malinterpreten, sabía que el Long Island Ice Tea era un buen antídoto para el estrés laboral, pero también era realmente letal, y no me apetecía andar por allí cuando aquel brebaje a base de ginebra, vodka, ron y tequila empezara a hacer efecto. Maxie's no era mi tipo de bar, simple y llanamente, así que decidí terminarme la copa lo antes posible y salir volando de allí.

Además, tenía trabajo que hacer. Debía estudiar y seleccionar minuciosamente miles de imágenes, ordenarlas, reordenarlas, analizarlas y deconstruirlas. A fin de cuentas, ¿qué pintaba en una coctelería de la Sexta Avenida? Nada. Debería estar en casa, en mi escritorio, recorriendo palmo a palmo el Verano del Amor y las complejidades de los microcircuitos. Debería estar escaneando todos esos despleables de *The Saturday Evening Post*, *Rolling Stone* y *Wired*, y también el material fotocopiado que se amontonaba en el suelo y en cualquier otra superficie libre del piso. Debería estar delante de mi pantalla de ordenador, bañado en una luz azul, realizando silenciosos y continuos progresos con mi libro.

Pero no lo estaba y, pese a mis buenas intenciones, tampoco daba señales de querer marcharme. Por el contrario, mientras me rendía al numinoso brillo del whisky y dejaba que se impusiera a las ganas de largarme de allí, volví a pensar en mi ex mujer, Melissa. Ahora vivía al norte del estado con sus dos hijos y se dedicaba a... ¿qué? A algo. Vernon no lo sabía. ¿De qué iba todo aquello? ¿Cómo podía no saberlo? Era lógico que yo no fuese colaborador habitual de *The New Yorker* o *Vanity Fair*, que no fuese un gurú de Internet o un capitalista de riesgo, pero que no lo fuera Melissa era inconcebible.

De hecho, cuantas más vueltas le daba, más extraño me parecía. Podía retroceder en el tiempo, reconstruir todos los avatares y atrocidades, y aun así establecer un vínculo directo y plausible entre el Eddie Spinola relativamente estable que se hallaba sentado frente a aquella barra, con su contrato literario de Kerr & Dexter y su plan de salud mensual y, digamos, un Eddie anterior, más flacucho, resacoso y vomitando sobre la mesa de su jefe durante una presentación o revolviendo el cajón de la ropa interior de su novia en busca de sus ahorros. Pero con aquella Melissa domesticada del norte del estado que Vernon había esbozado no parecía existir conexión alguna, o la conexión se había roto, o... algo, yo qué sé.

Por aquel entonces, Melissa era una suerte de portento de la naturaleza. Tenía opiniones elaboradas acerca de todo, desde las causas de la Segunda Guerra Mundial hasta los méritos o deméritos arquitectónicos del nuevo Edificio Lipstick de la Calle 53. Defendía sus opiniones con vehemencia y siempre hablaba —con un aire intimidatorio, como si blandiese una porra— de volver a los principios fundamentales. No se podía jugar con Melissa, y rara vez o nunca mostraba piedad.

Por ejemplo, la noche en que se produjo la caída de la Bolsa, el Lunes Negro —19 de octubre de 1987—, estaba con ella en Nostromo's, un bar de la Segunda Avenida, cuando entablamos conversación con cuatro vendedores

de bonos que estaban tomando vodka en la mesa de al lado. (En realidad, creo que uno de ellos era Deke Tauber; tengo grabada una imagen suya sentado a la mesa, asiendo con fuerza un vaso de Stoli.) Pero, en cualquier caso, los cuatro estaban aturridos, asustados y pálidos. No dejaban de preguntarse unos a otros cómo había ocurrido y qué significaba aquello, y meneaban la cabeza constantemente en un gesto de incredulidad, hasta que al final Melissa intervino: «Joder, amigos, no es por fastidiarlos ni nada por el estilo, pero ¿no lo veían venir?». Bebiendo un gélido Margarita y fumando un Marlboro *light*, se embarcó, antes que todos los editoriales de la prensa escrita, en una frenética jeremiada que atribuía sagazmente la congoja colectiva de Wall Street, así como la deuda multibillonaria del país, al infantilismo crónico de la generación de *baby boomers* del doctor Spock. Melissa sumió a los cuatro en una depresión aún más profunda de la que probablemente sintieron cuando estaban en la oficina y decidieron salir a tomar una copa rápida, un fugaz e inocente post mórtem tras el accidente.

Ahora estaba sentado, contemplando mi bebida, cavilando acerca de qué le habría ocurrido a Melissa. Me preguntaba cómo aquella bravuconería y aquella energía creativa suyas podían haberse canalizado en algo tan nimio. Con esto no pretendo menospreciar las alegrías de la paternidad, no me malinterpreten, pero Melissa era una persona muy ambiciosa.

Recordé también la visión que tenía Melissa de las cosas. Su inteligencia didáctica y rigurosa era exactamente lo que necesitaba si pretendía dar forma a aquel libro para Kerr & Dexter.

No obstante, necesitar algo y ser capaz de conseguirlo eran dos cosas distintas. Ahora, a quien le tocaba sentirse deprimido era a mí.

Y, de repente, como una explosión, la gente sentada a la mesa de al lado se echó a reír. Duró unos treinta segundos, y en ese periodo de tiempo aquel intenso ardor

que notaba al fondo de mi estómago titiló, balbuceó y acabó por remitir. Aguardé un rato, pero no sirvió de nada. Me levanté suspirando y guardé el tabaco y el encendedor en el bolsillo.

Entonces miré la pequeña píldora blanca que había en el centro de la mesa. Vacilé unos momentos. Cuando me disponía a irme, me di la vuelta y titubeé de nuevo. A la postre, cogí la tarjeta de Vernon y me la metí en el bolsillo. Luego me llevé la pastilla a la boca y me la tragué.

Me dirigí hacia la puerta y, mientras salía del bar y pisaba la Sexta Avenida, pensé para mis adentros: «Desde luego, no has cambiado nada».

Alan Glynn se graduó del Trinity College de Dublín, donde estudió Literatura Inglesa. Ha trabajado para varias revistas en Nueva York y fue profesor de inglés en Italia. Su primera novela fue *Los campos oscuros* (*The Dark Fields*), publicada originalmente en 2001. Descrita por el *Daily Telegraph* como una obra de un suspenso trepidante e inteligente, será adaptada al cine en 2011 bajo el título *Sin límites* (*Limitless*) y protagonizada por Robert De Niro y Bradley Cooper.

* * *

Otros títulos publicados

El club de París
Steve Berry

Compulsión
Jonathan Kellerman

Caso cerrado
Robert Rotenberg

La espada del profeta
Daniel Easterman

Los ogros del Ganges
Philippe Cavalier

El cuaderno azul
James Levine

Cortina de humo
Sandra Brown

Lazos de sangre
Ceridwen Dovey

